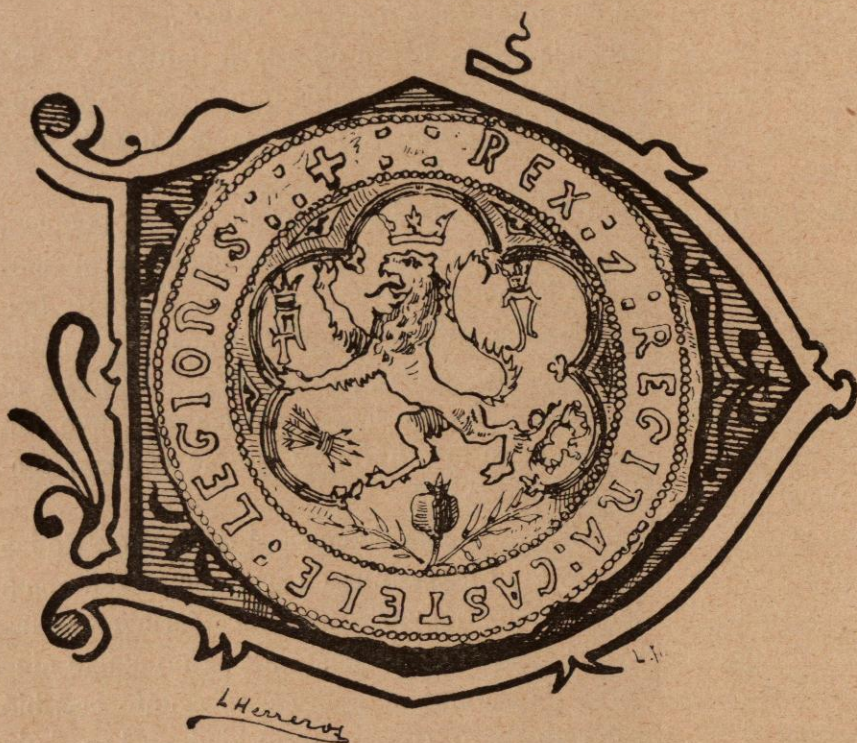


## LAS NOVELAS

DE LOS DESCUBRIMIENTOS PRECOLOMBINOS



I

E todas las novelas inventadas por cuantos han pretendido empuñecer la gloria de Colón, no hay ninguna que tenga un carácter de falsedad más evidente que la de

Alonso Sánchez. Brotó en la misma España, tal vez aún en vida del calumniado, y esta circunstancia, que muchos apuntan como comprobante de su aseveración, es el testimonio más seguro de su absoluta falsedad. Al desencadenarse al rededor de Colón la tempestad de envidias y rencores, cuando empezaron á perseguirle las calumnias, y cuando no hubo infamia que no se forjara para rebajarle y perderle en el concepto de los Reyes Católicos, la gloria de su expedición marítima no debía pasar sin que la desacreditaran. «¿Por qué, murmuraban, ha de ufanarse tanto de su descubrimiento este aventurero genovés? Un acaso feliz y nada más.

—¿Acaso solamente? decía otro con escarnio é ironía. Bastante tiempo estuvo en las islas portuguesas y mucho habló con pilotos y marineros que no hacían otra cosa más que investigar esos mares desconocidos.

—¿Quién sabe si alguien descubrió, mucho antes que él, las tierras que él solo buscó después de tener la seguridad de encontrarlas?



—De algún pobre piloto, que tuvo la imprudencia de revelar el secreto del viaje, cogió él los necesarios informes, y mientras se enorgullece con la gloria usurpada, y recibe señoríos y almirantazgos y loores, y nos aplasta con su prosapia, ha muerto obscuramente el pobre que le dió la gloria.

—Si él mismo no le ha matado para robarle los derroteros, y sepultar en la tumba con el asesinado el secreto de ese descubrimiento anterior.

Y ese rumor de calumnias, el *venticello* de que habla la famosa aria de D. Basilio, iría corriendo, soplando, transformándose poco á poco en tormenta; y esa eterna leyenda de malevolencias y de envidia que se aferra como un parásito destructor á los troncos más robustos de las glorias más incontestables; esa leyenda que la maldad contemporánea acoge con entusiasmo, y que encuentra siempre en el porvenir partidarios decididos en los que sienten delicioso placer en demoler las más altas reputaciones y en demostrar que es falso todo lo que la historia consagra; esa leyenda del pariente desconocido que murió obscuramente dejando en secreto á un gran poeta las obras que han de constituir su gloria, ó de humilde sabio de aldea que compone en la obscuridad los libros sublimes de que después se aprovecha un inmortal escritor; esa leyenda banal y vulgar, que inventó en Portugal un pobre fraile en cuyo espolio fué Garrett á encontrar el *Camöens* y *Doña Blanca*; que ni siquiera respetó á Shakespeare, porque ya ha tomado cuerpo el rumor de ser Bacon quien compuso en secreto las tragedias que son gloria del poeta de Avon; que hasta osó atribuir á desconocidos generales los planes de campaña de Napoleón; esa leyenda innoble en que se tropieza siempre que se levanta la mirada hacia el resplandor de una gloria; esa leyenda enroscóse también al nombre de Colón, y alzó, para escarnecer su fama, el personaje fantástico de Alonso Sánchez.

Y la leyenda se forja con todos los materiales conocidos de estas leyendas marítimas. Se levanta una tempestad implacable, tempestad de romance que dura días y meses, una tempestad como la que arrojó al Machim de la leyenda maderense desde Bristol á la isla de Madera, tempestad á un tiempo amable y bien intencionada que en medio de la inmensa soledad del Atlántico lleva precisamente á Machim al pequeño punto verde de la Madera, y que á través del enorme desierto del mar conduce tranquilamente á Alonso Sánchez á la isla de San Salvador. Mueren todos los tripulantes del barco aventurero y nadie arriba á aquella Madera de las leyendas del Océano que preocupa á todos los espíritus, donde se cifra el sueño de la deseada isla de las Siete Ciudades. Únicamente el piloto es quien tiene aliento y tiempo para referir á Colón, pero con menudencias, su extraordinaria aventura. Llegó á una tierra maravillosa, llena de prodigiosas riquezas, pero ni plantas, ni oro, ni animales, ni un indígena trajo de allí. Sólo metió á bordo agua y leña; ¡qué hombre más previsor!

Y una leyenda tan ingenuamente forjada con tan groseros materiales, es admitida como verdadera, por los malévolos, que la transmiten á un historiador, á un crédulo, á un mal intencionado, ó á uno que desee simplemente ornar las páginas de su libro con un episodio romancesco! Y los historiadores subsiguientes transcriben lo que



dijo el primero. Al principio se da á la narración la forma de la duda, otros sin embargo afirman ya, después la afirmación se hace categórica, y los críticos modernos, que se apoyan en documentos, acumulan los párrafos y las citas, sin ver que con esos párrafos y esas citas no hacen más que repetir al primero, sin observar también que desconocen completamente las leyes de la crítica histórica, y que ni al menos discuten los hechos que refieren. No deja con todo de ser curiosa la ligera protesta de uno de esos historiadores de Pancorgio—Garcilaso de la Vega é Inca—que, al reproducir la historia de Alonso Sánchez, hace tímidamente la siguiente observación:

«Y es de mucha consideración que el viento que con tanta violencia y tormento llevó aquel Navío no pudo ser otro que el Solano sino llaman Leste, porque la Isla de Santo Domingo está al Poniente de las Canarias: *el cual viento en aquel viaje, antes aplaca las tormentas, que las levanta. Mas el Señor Todopoderoso cuando quiere hacer misericordias...*»

El pobre Garcilaso de la Vega se mostraba admirado con la extrañeza de ese viento de Leste que levantaba tempestades tan temibles que arrastraban por esos mares, en veintinueve días, el navío de Alonso Sánchez, poniendo á cuenta de Dios Nuestro Señor la maravilla que sólo podía atribuir á la maldad de los hombres. En su tiempo no había aparecido todavía Beaumarchais para estudiar bajo el punto de vista meteorológico, ni Rossini para traducir en sublimes notas ese admirable estudio, y no podía por lo tanto saber que ese viento era el *venticello* que forma en efecto tempestades que arrojan para donde se quiera los navíos de Alonso Sánchez, con tal que de ahí resulte quedar los Colón *àwiliti calpestati*.

Mas supongamos que Alonso Sánchez existió. ¿Qué podía él haber revelado á Colón? ¿Que había encontrado tierra, al navegar para el Occidente? Esa era no solamente la convicción profunda de Colón, sino también la esperanza de tantos pilotos portugueses que la habían procurado, sin éxito y sin perseverancia. Era la convicción profunda de hombres de ciencia como Toscanelli, ¡que hasta en sus mapas dibujaban las islas fantaseadas! ¿Cuántos de esos pilotos portugueses que tentaban la gran aventura del mar Océano le dirían que habían avistado la isla de las *Siete Ciudades*? Francisco de Sousa, en su *Tratado das ilhas descobertas*, ¿no afirma positivamente que vió con sus ojos, debajo del agua, una de esas islas legendarias? ¿Era ese el secreto que Alonso Sánchez misteriosamente había revelado á su amigo Colón? Uno más para la lista amplísima de los secretos de Polichinela. Del encuentro de las islas fantaseadas á Occidente de las Azores y Madera debían estar llenas las narraciones de los pilotos, que Colón escuchara ávidamente, en sus largas veladas de invierno en Porto Santo, cuando el mar misterioso soltaba allá fuera sus bramidos en los que el aventurero genovés creía oír los ecos del lejano rugir del mar oriental.

¿Qué había hecho pues Alonso Sánchez? ¿Dió á Colón el derrotero minucioso de su viaje? ¿Le había enseñado palmo á palmo el camino que debía seguir? ¿Cómo es que Colón, en ese caso, cedió el día 7 de Octubre de 1492 á instancias de los Pin-



zón, y varió su derrota, volviendo para Oes-Sudoeste aunque después volvió á tomar el suyo? ¿Quién va por esos mares ciegamente guiado por un derrotero que debe conducirlo á una determinada isla, se aparta un solo instante, del camino que ha de seguir, con el peligro inminente de no encontrar delante de sí más que la eterna amplitud de las aguas? No; el plagiario, el confidente infiel, que no va por iniciativa propia á buscar un punto en el Océano, sino que sólo va guiado por las indicaciones que otro le dió, no puede desviarse de ellas ni una línea, no puede seguir sino la derrota que le trazaron, so pena de ver completamente deshecha su burla.

Sepúltese para siempre en el olvido ese maniquí de Alonso Sánchez, al cual la calumnia quiso dar una apariencia de vida, ese Avellaneda que los envidiosos contemporáneos arrojaron sobre Colón, de igual suerte que otros lo hicieron con el glorioso Cervantes. No hay en la historia universal un solo individuo verdaderamente grande, á quien la humanidad deba un descubrimiento ó una obra maestra, que no tenga junto á sí, creados y acariciados por la calumnia, unos Sonés, que pretendan investirse con la gloria que al grande hombre pertenece.

## II

La leyenda del descubrimiento de Terranova en América por Juan Vaz Cõrte-Real en 1463, leyenda que, teniendo por fin perjudicar la gloria de Colón, deslustra también la de nuestro intrépido navegador Gaspar Cõrte-Real, hijo de Juan Vaz, y verdadero descubridor de Terranova en 1500, está completamente deshecha por el ilustre investigador portugués Sr. Ernesto do Canto, en su libro los *Cõrte-Reaes*. Basta indicar rápidamente los documentos y los hechos que él cita para ver que ningún fundamento puede encontrarse en afirmación de los anti-colombistas. Se asegura que no fué Gaspar Cõrte-Real y sí su padre Juan Vaz, quien descubrió á Terranova 29 años antes del descubrimiento de Colón. Sin embargo no sólo las donaciones del Rey D. Manuel á Gaspar Cõrte-Real le presentan como descubridor de otras tierras é islas, que él fué á procurar y á descubrir á su costa, sino que en la donación hecha al hermano Vasco Eanes Cõrte-Real á 17 de Septiembre de 1506 se dice expresamente: «Pedindo-me o dito Vasco Eanes Cõrte-Real por mercê que por adita doação vir e trespassar á elle por fallecimiento do dito seu irmão, segundo forma d'ella lhe mandassemos dar nossa carta de confirmação em forma, e visto por nós esse requerimento, e, havendo repeito e lembrança como o dito Gaspar Corte-Real, sen irmão, foi o primeiro descobridor das ditas terras e á sua propia custa e despeza com muito trabalho e risco de suo pessoa», etc.

Nada más positivo que esta declaración, tanto más curiosa cuanto se afirma que Juan Vaz Cõrte-Real hizo su supuesto descubrimiento de orden regia, y en recompensa de haberlo hecho recibió la capitanía de la isla Terceira.

Pero Juan Vaz Cõrte-Real, como lo prueba también la carta de la capitanía de la



isla Terceira, recibió esa merced no de manos del Rey ni por servicios prestados al Rey ó al reino, y sí de manos de la infanta doña Brités, viuda del infante D. Fernando y donataria de la isla, en 1474 y no en 1464, por servicios prestados á su fallecido marido:

«E, considerando eu d'outra parte, dice la carta de donación, os serviçios que Yoão Vaz Cõrte-Real, fidalgo da casa do dito senhor meu filho, *tem feito ao Infante meu senhor compadre que Deus haja, depois a mim e a elle, confiando na sua bondade e lealdade*», etc.

Esta carta de donación tiene fecha del 2 de Abril de 1474. Los que la suponen de 1464 ni han reparado siquiera que doña Brites en este documento se declara viuda, y que, habiendo muerto su marido en 1470, sería extraño que seis años antes de la muerte del infante, dijese ella ya *o infante meu senhor que Deus haja*.

Hay todavía una coincidencia curiosa: Juan Vaz Cõrte-Real recibía el 2 de Abril de 1474 la capitanía de la isla Terceira, y afirman los anticolombinos que la recibió por haber descubierto á Terranova, isla americana, y el 25 de Junio de ese mismo año respondía el famoso Toscanelli á D. Alfonso V, que le había preguntado si habría tierras muy al Occidente de las Azores. ¡Caso extraño!

El Rey de Portugal con una mano escribía á Toscanelli preguntándole si habría tierras muy al Occidente de las Azores, y con la otra recompensaba á uno de sus capitanes que *muito ao occidente dos Açores* le había descubierto una isla.

¿Hase visto leyenda más ineptamente urdida?

### III

Vamos al tercer romance—el del portugués Juan Ramalho que vivió en Piratinin-ga, la actual ciudad de San Paulo del Brasil, y que hizo testamento en 1580 en el cual declaró que vivía en el Brasil hacía noventa años; que llegó por lo tanto al Brasil en 1490, dos años antes de que Colón hubiera pisado tierras americanas, diez antes del descubrimiento del Brasil por Pedro Álvarez Cabral.

Supongamos que el testamento existió, que Juan Ramalho, efectivamente uno de los primeros colonizadores del Brasil, declaró, siendo ya decrepito porque no podía tener menos de ciento y diez años, que estaba en el Brasil hacía noventa años, ¿cómo podría semejante declaración tomarse como base segura de una cronología cualquiera? «Estou no Brazil ha oitenta ou noventa annos»,—decía muy naturalmente el viejo que vivió siempre vida salvaje, en el mato, junto con los indios y las indias, habiendo sido el primero que procreó esa raza de mestizos, tan conocidos en la historia primitiva de la colonización brasileña por el nombre de «*mamelucos*», y el notario escribiría noventa años como podría escribir ochenta sin reparar siquiera que la primera fecha carecía de largas explicaciones, pues alteraba profundamente toda la historia del Brasil.



Un distinguido escritor brasileño que estudió detenidamente este curioso asunto, el Sr. Cándido Méndez de Almeida, mostró con documentos que todo esto era fantasmagórico. que tal testamento no existió jamás, ni Juan Ramalho vivía en 1580.

No pudiendo indicar en este resumido artículo todos los argumentos que el ilustre escritor brasileño presenta para desvanecer tan ridícula leyenda, señalaré un único documento que la destruye por su base. El jesuíta Antonio de Sa, en una carta escrita en español á los jesuítas de la Bahía, y fechada en San Vicente el 13 de Junio de 1559, dice: «Un indio que se llama Belchior está puesto en ayunar todos los días que manda la Iglesia, y sin yo le hablar nada, preguntóme que le hiziese saber los días de ayuno y cual no se comía carne, diziéndome *que antes que muriese Juan Ramalho que él se lo dezía* y ayunaba todos los días que la Iglesia manda», etc.

En 1559 había muerto ya Juan Ramalho tanto que ya no podía decir al indio Belchior los días en que se ayunaba, y estando muerto en 1559, se le hacía ligeramente difícil testar en 1580, y declarar, veintiuno ó veintidós años después de fallecido, que hacía noventa años que estaba en el Brasil.

El error capital de cuantos procuran contraponer viajes imaginarios y desconocidos á las expediciones claramente realizadas y de las que ha resultado para sus autores gloria legítima está en que no se han precavido suficientemente contra el siglo xvii, el siglo de las falsificaciones históricas y de las burlas literarias. Fué en el siglo xvii cuando Fray Bernardo de Brito, en Portugal, forjó con la mayor tranquilidad dinastías enteras de reyes fabulosos, como en otros países se entroncaron formalmente en los héroes fantasiados de la guerra de Troya las genealogías de los reyes y de las naciones. Siguiendo á la letra el precepto *tilo-liviano* de que es legítimo rodear de invenciones decorativas la cuna de los pueblos, no tenían la más ligera duda en ligar con fábulas la historia. Si era menester forjar un documento, no había en eso la menor vacilación. Alejandro Herculano dice, con motivos, que el convento de Alcobaza en el siglo xvii ha sido una fábrica de documentos falsos. Este sentimiento de propiedad histórica tan propio de la ciencia moderna era completamente desconocido en ese tiempo, y aun en gran parte en el siglo xviii que dominó, así como ya venía del siglo xvii.

En las obras de pura imaginación, en las novelas, era el gusto supremo de los autores dar á una fábula todas las apariencias de la verdad. No existe novela picaresca que no aspire á presentarse como una autobiografía: *Guzmán de Alfarache*, *Picara Justina*, y principalmente la *Vida de Estebanillo González* la existencia verdadera de un bufón célebre se envuelve en un sinnúmero de ficciones alusivas.

Y en los romances históricos propiamente ¿no se conocen los esfuerzos ímprobos de Ginés Pérez de Hyta para hacer creer á sus lectores que sus *Guerras civiles de Granada* son traducidas de un manuscrito árabe, que con mucho trabajo consiguió sacar de África? Es una tendencia bien característica del tiempo, y que debía tenerse siempre en cuenta al encontrar un supuesto descubrimiento histórico hecho en época tan poco escrupulosa.



Con todo Major, por ser inglés, acepta como Evangelio el romance del descubrimiento de la Madera por Machim, compuesto en el siglo xvii por D. Francisco Manoel de Mello en su *Epanaphora amorosa* basada en un manuscrito tan auténtico como el manuscrito árabe de Hyta. Michelet y otros muchos por ser franceses aceptan como verdadero el romance de los descubrimientos normandos en África en el siglo xiv, forjado en ese mismo siglo xvii por Villaut de Bellefonds, y hay escritores portugueses, que por ser portugueses, aceptan el romance del viaje precolombino de Juan Cõrte-Real imaginado en el fin del siglo xvi y en el siglo xvii por dos historiadores sin criterio y sin buena fe, como aceptan el romance de Juan Ramalho fabricado aun en el siglo xvii por un cronista beneditino que desconoce completamente las leyes y las reglas de investigación histórica.

Levantemos nuestro pensamiento por encima de estas pueriles reivindicaciones, respetemos las glorias ajenas y defendamos las nuestras, hagamos justicia y reclamemos justicia. Colón tuvo precursores, pero fueron los que ansiando también descubrir el secreto de los mares occidentales, intentaron más de una vez sondar sus arcanos; entretanto, Colón tuvo sobre ellos y sobre todos la fe, el genio y la perseverancia. Á esos tres factores ha debido justísimamente la gloria.

Lisboa, Julio, 1892.

PINHEIRO CHAGAS